



***La Tempestad* del Modernismo (Darío y Rodó): un (pre)texto para la religación latinoamericana a partir de la derrota de España**

Florencia Bonfiglio
IdIHCS, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación
Universidad Nacional de La Plata / CONICET

Resumen

La derrota del '98 (o "El triunfo de Calibán" según la crónica dariana) implicó para los modernistas una revisión de los lazos con España que, luego de un largo período de rechazo iniciado con las independencias políticas de los países latinoamericanos, permitió no sólo un nuevo acercamiento a la cultura y la literatura españolas desde una posición culturalmente "independizada", sino un anclaje histórico y político para el imaginario latinoamericanista y religador desplegado en su escritura. En este contexto (aunque habría que retrotraerse a la imagen de España elaborada por los latinoamericanos como resultado de los festejos del cuarto centenario de la Conquista en 1892), la lectura antiimperialista y "arielista" de *La Tempestad* de Shakespeare se transforma en un poderoso fenómeno de religación cultural para los latinoamericanos, tensionados entre la difícil búsqueda de autonomía estética y la intervención pública, pero conscientes de la necesidad de unión (simbólica y efectiva) para la formación de una literatura con caracteres propios en el mercado internacionalizado de las letras.

Palabras clave: modernismo — Darío — Rodó — religación — España

En el Archivo Rodó perteneciente a la Biblioteca Nacional de Montevideo, se encuentra el siguiente mensaje dirigido al escritor uruguayo por la "Casa Puigros y Cía.":

Muy señor nuestro: Por intermedio del amigo Serrano nos permitimos mandarle una latita de aceite de oliva que distinguimos con la marca "Ariel". El hecho de adoptar como marca el símbolo de "Ariel", que nos fue sugerido por su celebrada obra, nos obliga a distinguir con ella solamente aquellos productos que por su bondad y pureza responden al alto significado de dicha marca (citado en Real de Azúa 1976: XXXIII).

Si bien se ignora cuál pudo haber sido la reacción de Rodó ante semejante empresa comercial, no hay duda de que el mismo uruguayo había intentado hacer de su opúsculo *Ariel* (1900) una marca, y aun más, un producto de exportación que no sólo circulara por Latinoamérica sino también por Europa, al menos por España. Y en efecto, como consigna Carlos Real de Azúa (1976: XX), destacado crítico de Rodó, *Ariel* fue "uno de los primeros, auténticos éxitos de una literatura latinoamericana que comenzaba a cobrar conciencia de su unidad". Que la conciencia de la unidad de la literatura latinoamericana no sólo implicaba el reconocimiento de aspectos identitarios comunes (reflejados en una variedad de afiliaciones: en lo hispano, en lo latino, en lo americano) sino el proyecto compartido de colocar los productos literarios en el mercado mundial de las letras, resulta bastante claro a cualquiera



IX Congreso Argentino de Hispanistas
"El Hispanismo ante el Bicentenario"



que repase los programas de los escritores del Modernismo ("Ser el vínculo que haga una y fuerte la idea americana en la universal comunión artística", se proponían en la *Revista de América* —1894— Darío y Jaimes Freyre¹), y más evidente aun resulta a quien se sumerja, sobre todo, en sus epistolarios o escritos más circunstanciales. No se trataba, claro, de una tarea fácil, en el contexto de un mercado apenas incipiente en las principales capitales de Latinoamérica y carente de verdaderas redes de distribución. Se sabe que el éxito de *Ariel* se debió a la infatigable actividad de difusión de Rodó, "literalmente apostólica" en palabras de Real de Azúa, quien agrega que

hasta que las grandes editoriales de alcance euroamericano, es decir, dotadas de una adecuada red de distribución en todo el continente, tomaron a su cargo la tarea —en el caso de *Ariel* fue primeramente y desde 1908 el sello valenciano de Sempere—, hasta ese momento Rodó debió asumir por sí mismo el ensanchar el íntimo radio de difusión con que podía contar una edición uruguaya (Real de Azúa 1976: XX).

La voluntad de crear un circuito de literatura latinoamericana, y de autorizar a ésta para que compitiera en pie de igualdad con la literatura peninsular en un mercado común de textos en español, se evidencia en el envío permanente de obras (entre los escritores latinoamericanos entre sí y entre éstos y los españoles, en busca del reconocimiento por parte de éstos últimos) y también en la labor de respaldo mutuo emprendida por los modernistas desde un principio, como críticos literarios en la prensa periódica masiva o en sus propias revistas de menor circulación, o como prologuistas de las obras editadas en libro de sus coetáneos. En su juicio sobre las "Letras dominicanas"², Darío podía alegrarse de que hubiera a principios del siglo XX un mayor intercambio de ideas entre los españoles y los hispanoamericanos y de éstos entre sí: "Se comunican los propósitos y las aspiraciones. Se cambian los estímulos. Hay muchas simpatías trocadas y muchas cartas. Los imbéciles no evitan el afirmar: sociedad de elogios mutuos. No se hace caso a los imbéciles. Los libros y las cartas se siguen trocando" (Darío 1950, I: 505). Según la edición de José Jirón Terán (2003) de los prólogos de Darío, aquellos dedicados a libros escritos por sus "correligionarios" superaron la cuarentena. La indiscutible posición del nicaragüense, como líder de la nueva corriente a ambos lados del Atlántico, se revela en el hecho de que muchos de estos textos fueron en realidad incluidos a modo de prefacio por editores y libreros para que el prestigio de Darío favoreciera sus ventas. Por otra parte, varios de estos prólogos fueron dedicados a españoles, lo que indica la firme voluntad del nicaragüense de fortalecer los lazos culturales entre España y Latinoamérica. A su vez, los modernistas eran conscientes de que el apoyo de los españoles a sus obras redituaba en mayores ventas: como consigna Eugenio Petit Muñoz (1967: 87), sólo se habían vendido 60 ejemplares de *Ariel* hasta que Leopoldo Alas lo consagró.

En 1898 Darío es enviado a España como corresponsal de *La Nación* de Buenos Aires para testimoniar las consecuencias del "Desastre" de la pérdida de las últimas colonias: "voy a España en una nave latina" —afirma— "De nuevo en marcha, y hacia el país maternal que el alma americana —americano-española— ha de saludar siempre con respeto, ha de querer con

¹ Ver "Nuestros propósitos", *Revista de América* 1, Buenos Aires, 18-8-1894 (recopilado en Gullón 1980: 47-48).

² "Letras Dominicanas", publicado luego en *Letras*, 1911 (Darío 1950, I: 504-511).



IX Congreso Argentino de Hispanistas
“El Hispanismo ante el Bicentenario”



cariño hondo. Porque si ya no es la última poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender a ella mucho más” (Darío 1950, III: 17). Mucho se han discutido las conflictivas autorrepresentaciones identitarias de los modernistas por sus afiliaciones “colonialistas” con el hispanismo o el latinismo, desestimando las posiciones estratégicas que a través de estas modulaciones identitarias los escritores adoptaron con el claro propósito de alcanzar autonomía e independencia. Entre las más recientes inculpaciones al Modernismo, se encuentra la del crítico colombiano Carlos Jáuregui, para quien “el discurso elitista de la *crisis finisecular* no pensó la época fuera del antipragmático y aristocrático manifiesto de la *latinidad*” (2005: 499). Al acudir al latinismo, los modernistas “acudían a una idea racista, de factura francesa y paradójicamente diseñada en el proceso de constitución del *botín americano* que se disputaban potencias como Inglaterra, Francia y Los Estados Unidos” (Jáuregui 2005: 500). Es cierto, como explica Jáuregui, que el *Panlatinismo*, cuyo principal portavoz fue Michel Chevalier (1806-1879), estaba ligado desde la segunda mitad del siglo XIX a los intereses de la política exterior francesa que quería colocarse al frente de los países latinos y hacer contrapeso a las “naciones anglosajonas”. Pero esta lectura, que se remonta a los orígenes imperialistas del concepto de “América Latina”, siguiendo el estudio pionero de John Phelan —“Pan-latinism, French intervention in Mexico (1861-1867) and the genesis of the idea of Latin America”, 1968— soslaya el hecho fundamental, y oportunamente destacado por Esther Aillón (2004), de que la difusión del nombre ‘América Latina’ en el París de mediados del XIX se debió tanto al gobierno francés como a los intelectuales latinoamericanos que allí residían, respondiendo a intereses generalmente no coincidentes³. Así, mientras en el caso del gobierno francés el objetivo estaba claramente dirigido a un interés neocolonial del régimen de Napoleón III y era una “estrategia para mejorar la posición de Francia entre los imperios europeos y sobre las nuevas entidades soberanas de América” (Aillón 2004: 100), en el caso de los latinoamericanos, por el contrario, gravitaba una preocupación de índole continental identitaria por nombrar una región que había logrado relativa independencia en el contexto mundial: era, como puntualiza Aillón, una “estrategia de reconocimiento frente a las naciones europeas y en oposición a Norteamérica” (2004: 72) que además servía para desdibujar la afiliación con lo español. Es igualmente cierto que, sobre todo después del fracaso de la intervención en México, París se consagró como la/ el capital cultural faro de las élites de la región, afianzando una francofilia de larga herencia: los latinoamericanos encontraron allí el modelo civilizador, central en la conformación de los estados nacionales latinoamericanos (Aillón 2004: 101). Pero pocos modernistas estuvieron más alejados de posiciones nacionalistas estrechas que Darío y Rodó. La “patria intelectual” que era Francia en el fin de siglo XIX está claramente atravesada por sus visiones cosmopolitas, americanistas, como tales: periféricas. Y éstas, al igual que el “aristocratismo” y el “elitismo” tan mentados, respondían mayormente a estrategias de autorización para alcanzar reconocimiento y dar valor a discursos cuya función y destino el

³ Aimer Granados García (2004) sugiere que el soslayo se debe probablemente a la influencia del texto de Phelan en la historiografía latinoamericana. El texto se publicó originalmente en inglés en *Conciencia y autenticidad históricas. Escritos en homenaje a Edmundo O’ Gorman* (México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1968), luego en español en *Latinoamérica. Anuario de Estudios Latinoamericanos 2*, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1969, y tuvo reimpressiones, lo que sería una prueba de que su hipótesis central (según la cual el nombre de América Latina es un producto exclusivo del expansionismo francés) fue tomada como cierta por mucho tiempo (Granados García 2004: 41).



sistema capitalista mercantil ponía en suspenso. Darío afirma en *Dilucidaciones* (1907) que *aristos* "significa, sobre todo, independientes" (Darío 1985: 302) sin duda consciente de que alcanzar la independencia cultural no era (sólo) un fin en sí mismo, era también un medio para alcanzar independencia económica. Bien habían aprendido los modernistas la lección utilitaria del nuevo sistema económico, o, en términos de Max Weber, la racionalidad de los fines del Capitalismo: además de la demanda de una función en la sociedad burguesa, el mercado en expansión exigía de los productos latinoamericanos una identidad propia, una marca, un estilo. Para los modernistas, para Darío y Rodó, fueron sin duda el latinismo y especialmente la apropiación consciente de lo francés un necesario subterfugio para diferenciarse del anquilosado modelo español, descolonizar la lengua literaria y el pensamiento heredero de la tradición colonial. A su vez, cuando el '98 evidenció que España había dejado de ser "la dominadora imperial" (como expresaba Darío a bordo de su "nave latina") y que el hispanismo se volvía cada vez más inofensivo para los latinoamericanos, y mientras el nicaragüense se consolidaba como el gran renovador de las letras en España, la unión con la antigua Madre Patria sólo podía generar beneficios. Así lo vislumbra Darío según sus crónicas incluidas en *España contemporánea* (1901). En aquella escrita desde Madrid el 4 de enero de 1899, a pocos días de que en París se firmara "el tratado humillante en que la mandíbula del yanqui quedó por el momento satisfecha después del bocado estupendo" (Darío 1950, III: 41), luego de asombrarse de la poca resonancia que tuvo allí la "caída" de España, comprueba que la única esperanza de cambio puede venir "de fuera y que entra por la ventana que se han atrevido a abrir en el castillo feudal unos pocos valerosos" de las nuevas generaciones (Darío 1950, III: 46). El patetismo de la decadencia intelectual española en la descripción ofrecida por Darío roza ciertamente lo cómico:

He buscado en el horizonte español las cimas que dejara no hace mucho tiempo, en todas las manifestaciones del alma nacional; Cánovas, muerto; Ruiz Zorrilla, muerto; Castelar, desilusionado y enfermo; Valera, ciego; Campoamor, mudo; Menéndez Pelayo... No está, por cierto, España para literaturas, amputada, doliente, vencida (Darío 1950, III: 42).

En relación con este panorama, Darío (1950, III: 45) se reconoce en una posición de privilegio: "Mal o bien, por obra de nuestro cosmopolitismo, y, digámoslo, por la audacia de los que hemos perseverado, se ha logrado en el pensamiento de América una transformación que ha producido, entre mucha broza, verdaderos oros finos, y la senda está abierta". La metáfora de los "oros finos" llama la atención en un texto que líneas más abajo recuerda a los lectores de *La Nación* que en España "hay quienes se acuerdan de que existimos unos cuantos millones de hombres de lengua castellana y de raza española en ese continente" para aconsejarles sobre las conveniencias del intercambio comercial entre España y Argentina:

la Sociedad Rural de Buenos Aires podría hacer el ensayo, enviando en limitadas cantidades la carne conservada [...] España enviaría sus lienzos, sus sederías, sus demás productos que allí tendrían colocación; no habría en ningún viaje el inconveniente del falso flete. [...] Tales formas de relación entre España y América serán seguramente más provechosas, duraderas y fundamentales que las mutuas zalemas pasadas de un iberoamericanismo de miembros correspondientes de la



Academia, de ministros que taquinan la musa, de poetas que "piden" la lira (Darío 1950, III: 48-49).

La contigüidad entre productos pecuarios y literarios es elocuente. Aún más, la recomendación de Darío de dejar atrás la zalamería diplomática y lo que ésta implicaba en el ámbito ya no agrícola-ganadero sino específicamente literario: regencia de miembros de la Academia, ministros que —según el galicismo de Darío— le toman el pelo a la musa, poetas por encargo... No hay duda de que cuando Darío (1950, III: 48) piensa en los beneficios de promover la exportación de carne argentina, pues así la mayoría del pueblo español "comería carne sana y nutritiva", también tiene en mente los "verdaderos oros finos" que su generación estaba produciendo —la metáfora sólo encubría la firme voluntad del nicaragüense de invertir la lógica del intercambio comercial y colocar en la España, que ya no estaba "para literaturas", los productos manufacturados por la inteligencia latinoamericana. Que el "latino" o "hispano" americanismo promovido por Darío era —antes que propaganda de dudosas políticas identitarias— resultado de la preocupación del escritor por alcanzar un grado de profesionalización que hiciera viable el ejercicio de las letras en las sociedades latinoamericanas, se evidencia también en una crónica posterior de 1913 enviada desde París a *La Nación* y titulada, precisamente, "La producción intelectual latinoamericana". Allí Darío, luego de quejarse de que los gobiernos de la región no se ocuparan de las relaciones intelectuales, exceptuando la nota "plausible de los congresos de estudiantes", aclara que las conferencias panamericanas no han sido eficaces, porque se ha discutido la propiedad literaria pero antes es necesario buscar los medios "para tener este vasto mercado con el cual llegaríamos a tener las tiradas de autores norteamericanos. [...] ¿Ha aprovechado Manuel Ugarte su viaje continental para hacer algo al respecto?" (1968: 348) pregunta finalmente Darío —quien en su *Autobiografía* calificaba al argentino como un "notable escritor" que "ha encontrado su vía en la propaganda del hispanoamericanismo frente al peligro yanqui" (1950, I: 159).

Es cierto que también Darío en "El triunfo de Calibán" (1898) y Rodó en *Ariel* (1900) habían propagado el hispanoamericanismo frente al yanquismo en el contexto del 98, a través de sus apropiaciones de las figuras de *La tempestad* shakespeariana, mediadas por la lectura latina del francés Renan o por la de su más autorizado representante en el Río de la Plata: Paul Groussac⁴. Pero afirmar que la crónica de Darío "El triunfo de Calibán" "hacía causa común con la política exterior española", como afirma Jáuregui (2005: 503) soslaya varias cuestiones. En primer lugar, que Darío siempre tuvo una mirada crítica respecto de España, la cual al final de la crónica ya citada de Madrid lo llevaba a justificar sus visiones negativas en el hecho de que *La Nación* lo había enviado a "que diga la verdad" y a aclarar, contra las entendibles sospechas de los lectores, que ello no implicaba ninguna falta de afecto

⁴ La crónica "El triunfo de Calibán" (1898) de Rubén Darío fue publicada en el periódico porteño *El Tiempo* (reproducida en Caracas, en *El Cojo Ilustrado*, el 1º de octubre de 1898, y recogida por E. K. Mapes en 1938) y reelabora, al igual que su anterior semblanza "Edgar Allan Poe" de *Los raros* (1896) y el *Ariel* (1900) de Rodó, las referencias a lo calibanesco de Paul Groussac en su crónica "Chicago: la ciudad y la exposición" incluida en *Del Plata al Niágara* (1897) y en su posterior discurso "Por España", pronunciado en el Teatro Victoria, Buenos Aires, el 2 de mayo de 1898 (publicado luego en *La Biblioteca*). A su vez, estas apropiaciones tenían como antecedentes los *Dramas filosóficos* del francés Ernest Renan: *Caliban. Suite de La Tempête* (1878) y *L' eau de Jouvence. Suite de Caliban* (1880).



hacia España: "He probado mis simpatías, de manera que no admite el caso discusión." (Darío 1950, III: 51). En segundo lugar, la idea de que Darío "hacía causa común" con España soslaya también que, en esa coyuntura (y amén de que el nicaragüense no defendiera tan vehementemente —como Jáuregui quisiera— la libertad de Cuba en "El triunfo de Calibán"), las simpatías de los centroamericanos como Darío (conocedores de cerca del expansionismo yanqui) no podían no estar con España en el rechazo de la política exterior norteamericana ("Porque si ya no es la última poderosa, la dominadora imperial, amarla el doble; y si está herida, tender a ella mucho más", decía Darío). Después de todo, la unión hacía la fuerza, y el accionar de Estados Unidos en Cuba confirmaba más que nunca los temores siempre expresados por Darío de que el Monstruo del Norte resultara más peligroso para Latinoamérica que cualquiera de las demás potencias imperiales. Por último, la visión de un Darío afín a los intereses de la oligarquía argentina (Jáuregui 2005: 504) en "El triunfo de Calibán" no tiene en cuenta que la protesta del nicaragüense, como la de Rodó en *Ariel*, se enunciaba desde otros espacios que no eran los de la política estatal o las instituciones gubernamentales, pero que tensionaban su autonomía. Darío escribe su crónica para el periódico (pocas crónicas de Darío son tan atractivas y tan efectivas desde el punto de vista retórico), y se hace eco de la protesta más oficial, organizada por el Club Español el 2 de mayo de 1898, de las "naciones latinas" representadas en el francés Groussac, el italiano Tarnassi y el siempre defensor de los derechos latinoamericanos contra la Doctrina Monroe, Roque Saénz Peña. Aún así, Darío hace un desvío importante, oportunamente destacado por Beatriz Colombi (2004), y que consiste en la incorporación de la figura revolucionaria de Martí⁵. Dice Darío:

Sólo una alma ha sido tan previsora sobre este concepto, tan previsora y persistente como la de Sáenz Peña: y esa fue —¡curiosa ironía del tiempo!— la del padre de Cuba libre, la de José Martí. Martí no cesó nunca de predicar a las naciones de su sangre que tuviesen cuidado con aquellos hombres de rapiña, que no mirasen en esos acercamientos y cosas panamericanas, sino la añagaza y la trampa de los comerciantes de la *yankería*. ¿Qué diría hoy el cubano al ver que so color de ayuda para la ansiada Perla, el monstruo se la traga con ostra y todo? (Darío 1938: 161).

Para Jáuregui éstos son solo "golpes de pecho" poco creíbles, en tanto la defensa de España sería "un alegato contra Cuba y la herencia política de Martí" (2005: 502). Sin embargo, la misma inclusión del cubano en el contexto de una defensa de España y su encomio frente al decadente imperio podía generar cierto malestar, sobre todo puesto que, por la negativa y mediante un diálogo imaginario, Darío no dejaba de calificar a España en los mismos términos en que lo había hecho Martí: "fanático curial", "pedantón", "dómine infeliz", "desdeñoso de la América que no conoce" (Darío 1938: 162). Que estas

⁵ La afirmación de Beatriz Colombi permite matizar la opinión de Jáuregui, para quien Darío en "El triunfo de Calibán" suscribe la visión de Paul Groussac (la cual era efectivamente más afín a los intereses de la oligarquía argentina). Colombi explica el desvío de Darío respecto del franco-argentino del siguiente modo: "si coinciden en la visión calibanesca y en la identidad "latina" que ambos esgrimen, se separan en cambio en la consideración de España, de Cuba y del mismo Martí"; Groussac consideraba al cubano poco más que un iluso y la independencia de Cuba una idea prematura, mientras Darío recupera en la crónica la imagen revolucionaria de Martí (Colombi 2004: 101-102).



IX Congreso Argentino de Hispanistas
"El Hispanismo ante el Bicentenario"



adjetivaciones no hacían "causa común" con España parece confirmarse en el hecho de que "El triunfo de Calibán" al ser reproducido en Madrid fue "mutilado", como relata el mismo Darío en una crónica posterior enviada desde España⁶. Hacia el final de "El triunfo de Calibán", el nicaragüense explicitaba la función de España y de la protesta frente al imperio yanqui en el imaginario modernista:

Y yo que he sido partidario de Cuba libre, siquier fuese por acompañar en su sueño a tanto soñador y en su heroísmo a tanto mártir, soy amigo de España en el instante en que la miro agredida por un enemigo brutal, que lleva como enseña la violencia, la fuerza y la injusticia.

"Y usted ¿no ha atacado siempre a España?" Jamás. España no es el fanático curial, ni el pedantón, ni el dómene infeliz, desdeñoso de la América que no conoce; la España que yo defiendo se llama Hidalguía, Ideal, Nobleza; se llama Cervantes, Quevedo, Góngora, Gracián, Velázquez; se llama el Cid, Loyola, Isabel; se llama la Hija de Roma, la Hermana de Francia, la Madre de América (Darío 1938: 162).

Efectivamente, esa visión idealista de España se cruzaba con la ideología del Hispanismo (la cual buscaba adhesiones desde los festejos del cuarto centenario de la Conquista en 1892, a los que había asistido el mismo Darío); estaba también presente en el *Ariel* de Rodó, y no era, como Jáuregui y muchos otros han señalado, fruto de un análisis agudo del fenómeno político-económico del imperialismo europeo. Como bien destacó Real de Azúa (1977: 48), lo español, al igual que lo indígena en el Modernismo, por lo general no pasaba de ser un trasfondo decorativo "sin mucha mayor función que justificar el orgullo de lo diferencial"; la búsqueda de identidad de los modernistas fue elogiada aunque descaminada, en tanto también dignificaba con buena conciencia "el latente blanquismo de los niveles altos latinoamericanos". Pero fue quizá esa discutible invocación a la "raza" (concepto que se comenzó a abandonar por el antipositivista de "espíritu", más cercano al de "cultura") hispano o latinoamericana la que aunó a los modernistas en fines concretos, algunos dignos de destacar. En principio, porque la defensa de esa identidad propia discutía los diagnósticos pesimistas sobre el continente, tanto los positivistas sobre la incapacidad de lo mestizo, como los que hacia el fin de siglo presagiaban en Europa el triunfo de lo sajón o lo eslavo y la decadencia latina,⁷ que en Latinoamérica se confirmaba en cierta medida con el desenlace del 98. De allí que el mensaje de Ariel a la juventud resultara tan convocante para los latinoamericanos: el pesimismo era revertido por Próspero en un "optimismo paradójico", pues "muy lejos de suponer la renuncia y la condenación de la existencia", propagaba, "con su descontento de lo actual, la necesidad de renovarla" (Rodó 1957: 207). Así, la defensa arielista de lo hispano o latinoamericano ante el "triunfo de Calibán" (que

⁶ En "La Joven Literatura", escrita el 3 de marzo de 1899 e incluida luego en *España contemporánea*, dice Darío, en el contexto de sus comentarios sobre la censura sufrida por el diario madrileño *El País*, que "El triunfo de Calibán" fue curiosamente "mutilado, en *El País*" (diario republicano y de oposición) "y dado intacto en *La época*" (de tendencia monárquica y conservadora) (Darío 1950, III: 110).

⁷ Entre 1895 y 1900 aparecieron varios libros que denunciaban o presagiaban la decadencia latina y el triunfo de lo sajón o eslavo, por ejemplo, *A quoi tient la supériorité des anglo-saxons* (1897) de Desmolin. (Real de Azúa 1950: 35).



implicaba un desvío de la visión racista y negativa de Groussac en *Del Plata al Niágara*, 1897) ofrecía un anclaje histórico y geopolítico al imaginario latinoamericanista y religador que promovía la valoración de la inteligencia latinoamericana en el concierto universal de voces, revirtiendo el secular complejo de inferioridad: "Nos miran, desde la torre de sus hombros, a los que no nos ingurgitamos de bifes y no decimos *all right*, como a seres inferiores", afirmaba Darío en su crónica del 98 (1938: 160).

Pero también, y en el contexto de la "decadencia" de España y del incipiente reconocimiento del *valor* de los latinoamericanos, la inflexión identitaria y religadora de las versiones modernistas de *La Tempestad* permitía nuevas relaciones con España, diferentes de los hispanismos anteriores (y posteriores) pues intentaban colocar a la literatura latinoamericana en pie de igualdad con la europea. Esta nueva ligazón, que concordaba en el nivel simbólico con la búsqueda de idealismos de los propios españoles 'derrotados', no sólo reforzaría el prestigio de Darío en la península y, aunque en menor grado, también el de Rodó, sino que serviría a fortalecer los niveles más materiales del intercambio para que la literatura latinoamericana también se convirtiera —como la carne argentina y el aceite de oliva "Ariel"— en un producto sano y nutritivo, eventualmente exportable.

Bibliografía

- Aillón, Esther (2004). "La política cultural de Francia en la génesis y difusión del concepto *l'Amérique latine*, 1860-1930". Aimer Granados y Carlos Marichal (comp.), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*. México, El Colegio de México, Centro de Estudios Históricos: 71-105.
- Colombi, Beatriz, (2004). *Viaje intelectual. Migraciones y desplazamientos en América Latina. (1880-1915)*, Rosario, Beatriz Viterbo.
- Darío, Rubén (1938). *Escritos inéditos de Rubén Darío*, recogidos de periódicos de Buenos Aires y anotados por E. K. Mapes, New York, Instituto de las Españas en los Estados Unidos.
- (1950). *Obras Completas*. Tomos I-III, Madrid, Afrodisio Aguado.
- (1968). *Escritos dispersos de Rubén Darío (recogidos de periódicos de Buenos Aires)*. Tomo I. Estudio preliminar, recopilación y notas de Pedro Luis Barcia, advertencia por Juan Carlos Ghiano, La Plata, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación - UNLP.
- (1985). *Poesía*. Ernesto Mejía Sánchez (ed.). Prólogo de Ángel Rama, cronología de Julio Valle-Castillo, 2ª ed., Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- Granados García, Aimer (2004). "Congresos e intelectuales en los inicios de un proyecto y de una conciencia continental latinoamericana, 1826-1860". Aimer Granados y Carlos Marichal (comp.), *Construcción de las identidades latinoamericanas. Ensayos de historia intelectual siglos XIX y XX*. México, El Colegio de México - Centro de Estudios Históricos: 39-69.
- Gullón, Ricardo (1980). *El modernismo visto por los modernistas*, Barcelona, Guadarrama.
- Jáuregui, Carlos (2005). *Canibalia. Canibalismo, calibanismo, antropofagia cultural y consumo en América Latina*, Córdoba, Fondo Casa de las Américas.



IX Congreso Argentino de Hispanistas
"El Hispanismo ante el Bicentenario"



- Jirón Terán, José (ed.) (1993). *Prólogos de Rubén Darío*, Managua, Academia Nicaragüense de la Lengua.
- Petit Muñoz, Eugenio (1967). "El maestro de la juventud de América", *Cuadernos de Marcha* 1, mayo: 81-92.
- Real de Azúa, Carlos (1950). "Ambiente espiritual del Novecientos", *Número* 6-8, Montevideo, enero-junio: 15-36.
- (1976). "Prólogo a *Ariel*". José Enrique Rodó *Ariel. Motivos de Proteo*. Ángel Rama (ed.), IX-XXV, Caracas, Biblioteca Ayacucho.
- (1977). "El modernismo literario y las ideologías". *Escritura. Teoría y crítica literarias* III. 3, Caracas, enero-junio: 41-75.
- Rodó, José Enrique (1957). *Obras Completas*, introducción, prólogo y notas por Emir Rodríguez Monegal, Madrid, Aguilar.